

asociación con el acero y los blancos del sur: el súbito fallecimiento del presidente John Fitzgerald Kennedy. Su asesinato.

inventando presidentes

En la historia de Estados Unidos y en el lenguaje de los escritores bautizado^s como "escarbadores", ha quedado para siempre un calificativo a los millonarios que comenzaron la era del monopolio, con John Pierpont Morgan y John D. Rockefeller a la cabeza, seguidos de cerca por Guggenheim y Carnegie. Ese calificativo es: los multimillonarios ladrones de fin de siglo.

Esos millonarios ladrones fueron la raíz del grupo del gran dinero, que en 1962, fue bautizado por John Fitzgerald Kennedy como el S.O.B. Club, que ahora dirige la industria del petróleo, el poder monetario más fabuloso que ha enfrentado el mundo.

De los millonarios ladrones, en 1910, el profesor de la Universidad de Princeton, Woodrow Wilson (entonces era gobernador de Nueva Jersey, y después sería presidente de Estados Unidos), decía, ante la American Bar Association:

"La mayoría de los hombres ya no son más individualidades, en cuanto concierne a sus negocios, sus actividades, o su moralidad. Ellos ya no son más unidades, sino fracciones; con la pérdida de su individualidad e independencia en escoger clases de negocio, han perdido también su individualidad para escoger en el campo de la moral. Ellos tienen que hacer lo que se les dice que hagan... si no, pierden conexión con los sucesos modernos... Ellos no pueden llegar hasta los hombres que ordenan... no tienen acceso a ellos. No tienen voz de consejo o de protesta. Son meros engranajes en una máquina cuyas partes son seres humanos... Y sin embargo, hay hombres que tienen todo el poder de elegir. Son los hombres que controlan la máquina... y... los cuales la usan con una libertad de destino imperial... Hay más poder individual que nunca... pero aquellos que lo usan son

pocos y formidables, y la masa de los demás hombres son meros peones en el juego”.

Morgan y Rockefeller, los del “poder imperial” de que hablaba Wilson, ya son historia. Cincuenta años más tarde, Harold Ickes, el famoso ex secretario del Interior en el tiempo de Roosevelt, hablaba así de los herederos (esto es apenas ayer, en 1951):

“Hoy día el Capitolio (Congreso de los Estados Unidos) pulula en un enjambre de gestores petroleros de grasientos dedos, quienes, como de costumbre, cuentan con crujientes billetes, para gastarlos a su arbitrio en los lugares donde den mejores resultados. Lo que desean encarecidamente, a cualquier precio, es un decreto de renuncia que despoje a todo el pueblo del derecho de propiedad sobre tierras petroleras extra-territoriales, y por el cual los contribuyentes literalmente pierden billones de dólares, que podrían usarse en la educación de sus hijos. Mañosos operadores quieren enriquecerse a costa de los niños. Ni siquiera aceptan que estas tierras submarinas, de propiedad nacional, constituyan una reserva para nuestras fuerzas armadas, o que se dediquen al pago de la deuda pública. La despiadada codicia jamás se había exhibido tan protervamente en toda su espantosa desnudez. Hoy, en Washington, puede contemplarse la naturaleza humana en su peor catadura, allí donde devotos senadores y representantes se supone que trabajan en pro del bienestar público atendiendo al juramento prestado, Mammon cabalga y la virtud cívica se esconde. El petróleo sigue inficionando el límpido manantial de nuestro poderío democrático”.

Esta descarnada descripción de la mecánica de la corrupción en el Congreso de los Estados Unidos, señala a algunos de los “influidos” por el grupo del gran dinero, en otra intervención de Harold Ickes, dos años antes: (Ickes acusa al jefe republicano de la Cámara de Representantes, Joe Martin, y al senador por Nevada, McCarran).

“Joe Martin, el senador McCarran y los de su calaña, en cuyos corazones palpita la ternura por las ricas y poderos-

sas compañías petroleras, piensan que Dios ha creado esos ricos depósitos petrolíferos para beneficio de los Rockefeller, los Pew, los Mellon, los Sinclair y esos escurridizos patriotas de Texas y Louisiana, que financiaron a los "petrócratas", en la esperanza de que se anotaran un punto contra el presidente Truman con una jugada sucia".

En este airado grito de protesta de Ickes, que naturalmente fue reproducido a medias por la prensa importante de Estados Unidos, hay un miembro importante del Club, que en este instante (enero de 1964), tiene acceso amistoso a la Casa Blanca: los Mellon. Los Mellon participaron en la carrera política de Lyndon Baynes Johnson.

La administración de Truman es realmente contradictoria. El viejo demócrata cedió todo lo que pudo al imperio del petróleo, hasta el extremo de contribuir a inventar la guerra de Corea; pero, en el deseo de ser elegido en 1948 para la presidencia (antes lo era simplemente por la muerte de Roosevelt), boicoteó el robo de las tierras petrolíferas bajo el mar por parte de los estados de Texas, Florida, California y Louisiana. Y el boicot del "viejo malas pulgas" fue tan efectivo, que los petroleros quebraron su carrera política, inventando otra carrera política: la del general Dwight Eisenhower.

Al comenzar el año 1946, Harry Truman se propuso nombrar secretario de marina a Ed Pauley... petrolero de California. Ustedes saben, la marina yanqui es el principal consumidor de petróleo del país. Pero hay más: Ed Pauley le había ofrecido al secretario de Interior, Harold Ickes, una coima de 300 mil dólares, si el Departamento de Justicia archivaba el proceso contra California, por el dominio de las tierras costeras. Ickes contó este intento de soborno a Truman, pero Truman insistió en nombrar a Pauley secretario de marina. Ickes renunció. El periodista Harvey O'Connor señaló: "...el olor a petróleo de las playas infestaba, no al partido republicano, sino al demócrata. La era del gobierno-por-compinches había llegado".

En junio de 1947, Truman cumplió otra "insinuación" del grupo, hizo aprobar la Ley Taft-Hartley, que liquidó to-